Isabel Lozano, *Lo que el cielo no supo. Un asesinato astrológico*, Madrid, Ediciones Punto de Lectura Suma de Letras, 2002. 266 págs.

Isabel Lozano construye una novela de intriga detectivesca mezclada con pesquisas que emplean, de una forma paralela, información sobre la carta natal de los supuestos implicados en una muerte anunciada y consumada. La narración acierta plenamente en la creación de suspense y en su resolución final al tiempo que la autora incorpora sus ideas sobre la evolución del ser humano frente a conflictos de siempre que son representados por arquetipos astrológicos. El congreso de astrología que preside el amenazado Luis Enrique Peña se convierte en el escenario del crimen. La narradora, astróloga y criminalista –como la propia autora– es encargada por Luis Enrique para que trate de averiguar quién es el autor de los anónimos que le amenazan de muerte. Todos los seres que rodean a este personaje tienen razones sobradas según vamos viendo para desear su muerte y en todos, incluida la autora, se manifiesta el tránsito de Plutón por su Sol natal en esos momentos.

En los razonamientos deductivos del personaje Leonor Quiralte que hace de narradora, la lógica detectivesca es impecable pero va acompañada de una explicación de los hechos en función de las personalidades que los protagonizan y del mapa de sus cartas natales que se muestra coherente para el astrólogo y razonablemente accesible para el lector sin conocimientos de astrología. Tal vez porque el lenguaje astrológico se emplea siempre de forma paralela y al hilo de la narración elemental, de modo que el texto se sostenga aunque no se sepa leer todos los matices que comunica la autora en sus pesquisas astrológicas. Predomina la filosofía de la astrología, no los detalles, de forma que puede provocarse la reflexión sobre cuestiones ajenas a la trama, más propias de novela humanista, con énfasis en el significado de la astrología y su valor como herramienta para el conocimiento del ser humano, sin que dé la impresión de dogma alguno.

Cada personaje está bien construido en su interior y en su mundo de relaciones, y su retrato y etopeya se espejan en sus respectivas cartas natales que la propia víctima, astrólogo también de profesión, suministra a Leonor para que realice su trabajo. El espíritu analítico de Virgo pone a trabajar a Leonor hasta reconstruir el puzzle en el que están representados el cielo y la tierra. El cielo con las pesquisas astrológicas y la tierra con los sucesos que suceden en torno a Luis Enrique Peña. A pesar de que la narración transcurre por esos dos niveles diferentes de información, están perfectamente casados y fluidos, de modo que el suspense impone el ritmo de la novela con independencia de las digresiones astrológicas y sin que éstas lo estorben, antes bien, le añaden un gran interés.

Es mérito unir en una novela dos inspiraciones tan distintas como la novela de intriga y la astrología, hacerse eco de las cuestiones actuales que siguen suscitando en el hombre las estrellas. Todas las cartas son inventadas. Acompañan adjuntas a la descripción de los ocho implicados en el caso, para que puedan ser visualizadas por los curiosos y leídas por los estudiosos. En todo caso, como dice el tío Juez de Leonor Quiralte, los términos astrológicos que usa ésta para referirse a los personajes, pueden ser leídos como adjetivos, pues tienen un equivalente claro en el lenguaje común, por eso el juez, como el lector no especializado, puede saber lo que Leonor quiere decir aunque no sepa astrología. El retrato de los ocho personajes

protagonistas constituye la primera parte de la novela (págs. 9-67). Las tres partes restantes se desarrollan durante un Congreso de fin de semana sobre astrología que se celebra en el Hotel Meliá Castilla y que preside el amenazado Luis Enrique. La segunda parte comprende lo que sucede el viernes, la tercera el sábado y la cuarta lo ocurrido en la clausura del Congreso el domingo. Un apéndice titulado "Breve diccionario astrológico" ayuda a los profanos a comprender las referencias a esa disciplina. El estilo de toda la narración es sobrio, va al grano, incluye términos del lenguaje coloquial que incorpora neologismos, modismos, anglicismos más o menos aceptados pero sufragados por el uso del español peninsular de nuestros días. Isabel Lozano incorpora también citas oportunas de diversos escritores y artistas que emergen a su pensamiento al hilo de la trama y para sintetizar un mensaje o una situación mejor de lo que lo harían las propias palabras.

El final, el menos esperado para hacer honor a la formación en criminología de Isabel Lozano, su capacidad para atrapar al lector en un caso sobre el que el propio título descarta la pretensión de futuróloga: lo que el cielo no supo. Aunque entre el cielo y la minuciosa investigación detectivesca el lector quede plenamente satisfecho desde el principio al final con la coherencia de la historia.

No falta un cierto *docere* en las reflexiones de Leonor sobre las experiencias de la vida, de modo que su papel es más colorido que el de un puro detective con conocimientos astrológicos. Asoma la huella de sus lecciones aprendidas cuando se enfrenta a las heridas de los demás –todos lo están tanto como parar desear que Luis Enrique desaparezca- y un optimismo nada eufórico pero firme y coherente que quiere destacarse como mensaje de recibo sobre la capacidad del ser humano para evolucionar y conocerse, sin determinismos, sin profecías, pero con la ayuda de lo que algunos ven en el lenguaje milenario del cielo. En suma, una obra bien hecha, creativa, sugerente, y sobre todo, entretenida.

Luis Miguel Vicente García
Universidad Autónoma de Madrid